

## LA NORMALIDAD SOSPECHOSA

Calvo Sotelo, hablando en Bonn —para repetir, una vez más, su definición de «democracia vigilante» para desmentir la idea de la «democracia vigilada», emitida por algún periódico— ha explicado la rapidez del «regreso a la normalidad» de España después de los sucesos

del 23 de febrero. Esto parece indicar que el presidente del Gobierno supone que una situación como la actual puede definirse como de «normalidad». Con un partido gubernamental roto, que se hace a sí mismo obstrucción en las Cámaras, con una oposición desvalida y despavorida, con una ola de decretos destinados a restringir el uso de la democracia fácilmente pasados por el Congreso, con un aumento de embrollos y de enfados en el proceso del «Estado de las autonomías», con un paro que va creciendo de una manera geométrica y unos empresarios discolos y aguerridos frente a unos obreros que miran, atónitos, a sus sindicatos y a su bolsa de la compra, con una angustia eclesiástica y una inquietud militar y una reserva del capital, nos tememos mucho que la palabra «normal» no corresponde exactamente al sueño del ciudadano ejemplar.

No es solamente todo ese grupo de irresoluciones sobre hechos concretos y expresos lo que nos separa del concepto de normalidad: es un ambiente y un malestar que no cesa. Ninguna de las situaciones se zanja ni resuelve. Los sucesos del 23 de febrero tienen una larga cola de cometa que domina el firmamento político: se tiene la impresión de que todo gira en torno a ello, que hay como la sensación de un golpe que no cesa, de una especie de justificación de lo injustificable por parte de sectores muy poderosos de la sociedad española. Un suceso como el secuestro del industrial valenciano Luis Suñer deja también una espuma sucia de irregularidades, de pugnas entre sectores de poder, de complacencias y de acusaciones. Nada parece ir encajando en la Constitución; y para hacer que algo encaje no se ordena ni se prepara una revisión constitucional —demasiado peligrosa—, sino una especie de «segunda lectura» que ha de realizar un equipo de juristas. Mientras llega se regatea en todo lo que parecía ya cuadro de vida en común.

La «normalidad» del presidente del Gobierno no coincide con la vida real. No se ajusta a lo trazado, a la serie de esperanzas que se han puesto en los últimos años. Cada día trae una sorpresa, cada sorpresa es ingrata, y las soluciones son sólo parches mal adheridos, que dejan de las heridas por todas partes.

Ahora bien, si lo que se entiende por «normalidad» es la ausencia de una anormalidad mucho más grave, de la vuelta a un régimen por lo menos autoritario, a la suspensión de garantías y de libertades, a algunas cazas de brujas: la imitación de Argentina, Chile o Turquía, es evidente que es algo satisfactorio. Pero no parece demasiado ético, o demasiado convincente, este juego de comparaciones. Se aproxima mucho a una presión, a una manera de asustar para hacer ceder; a una política coactiva. A un tratamiento infantil de la sociedad española: niños castigados si no son suficientemente buenos como para seguir un paternalismo que ni siquiera tiene el premio del orden, de la seguridad en el empleo, del equilibrio de precios y salarios.

No es grato vivir del mal menor. Sobre todo cuando se sabe que podía ser mucho menor que el que tenemos: a condición de que no replantearan todos los días, durante años y años, cuestiones que tentan que haber sido resueltas desde un principio, y sobre las cuales parecíamos estar de acuerdo todos los españoles. Labor del Gobierno y fuerza de la oposición es la de recordar aquellos acuerdos y no permitir que nadie se zafe de ellos por la amenaza o el miedo. ■

**E**S difícil saber qué lugar ocupa España en el espacio exterior. Qué lugar económico, cultural, militar, diplomático. Esta indefinición no es enteramente un problema de la democracia, ni siquiera del régimen anterior; es un problema de siglos, de la frustración de los tiempos en que España quería no definirse frente a ese espacio exterior —el mundo—, sino definir el mundo con respecto a ella. De esa frustración mal asumida, casi insoportable, quedaron apenas algunas frases —esa tristísima imbecilidad de «la reserva espiritual de Europa», o esa vetustez de la «madre patria» para vincularse al grupo latinoamericano— y una cierta agresividad. Pero la democracia tiene algo que ver con el malestar de la indefinición actual; con la frustración contemporánea. Para ciertas clases de poder, para algunos sobrevivientes de la antigua indigencia, la democracia era un pago que había que hacer para obtener los beneficios de una europeización, de una occidentalización, de una cierta parte en el reparto de unas riquezas. España estaba marginada —se les decía, o se decían a sí mismos, como consecuencia de un régimen reprobado.

Hay una ideología europea occidental, y esa ideología ganó una guerra muy dura; la perdió otra ideología —la de la dictadura, la de las formas y residuos del nazismo, la antidemocrática— en la que España se había inscrito, y aún se mantenía, buscando disfraces verbales, eufemismos, literatura de «Boletín» legislaciones equívocas que, finalmente, no engañaban a nadie. Había que adoptar la nueva terminología y por lo menos algunas realidades: partidos políticos, parlamento abierto, prensa libre, derechos de huelga y manifestación. A cambio, podríamos ser una nación más entre las naciones prósperas que comenzaban a partir de los Pirineos; y las clases dominantes prevalecerían, como prevalecen en ellas.

Se hizo el gran sacrificio y no ha pasado nada. No estamos en el Mercado Común. Ahí están los franceses, al otro lado de los Pirineos que pensábamos en borrar —demasiado tarde— oponiéndose a que entremos en la Comunidad en, por lo menos, diez años —ya inventarán otra cosa en 1991— y sin siquiera querer cooperar en la lucha contra el terrorismo. Y las otras naciones dejando que sean los franceses quienes formen el tapón, pero no mucho más decididas. Ahí están los ingleses, sin devolvernos Gibraltar. Y los marroquíes —los moros, que hace un puñado de días servían para escoltar a Franco— encautándose de nuestros pesqueros ya en racimos



**SECRETARIO  
DE  
ESTADO**

# ESPAÑA Y EL ESPACIO EXTERIOR

**EDUARDO HARO TECGLEN**

y los portugueses, y otra vez los franceses. No tenemos ni aguas en qué pescar. Los otros países de Europa nos devuelven los trabajadores y Suiza vota en referéndum que no se les considere como iguales a un buen suizo o a ciudadanos de otros países con más privilegios diplomáticos.

Y aquí está Haig, con su oferta de siempre —de los otros Haig que se van sucediendo como jefes de la diplomacia de los varios Reagan que han pasado por la Casa Blanca— la oferta de que seamos su base, su portaaviones, su avanzadilla, su fortaleza, su tropa. Y Haig ni siquiera exige que se cambie nada por dentro. Contempló con indiferencia displicente la barbarie del 23 de febrero y dijo que eran problemas interiores de España; y sus rectificaciones posteriores no han tenido ni siquiera gracia. Aquí está Haig, que más bien es amigo de la fuerza y de la rigidez, como diciéndonos que realmente no merecía la pena que nuestras clases dominantes pagaran

un precio demasiado alto para quedarse con nada en las manos.

No tienen grandes disposiciones de ánimo las clases dirigentes o dominantes —más o menos es lo mismo— para comprender su responsabilidad, la de sus abuelos y la de sus bisabuelos, en este problema. Lo que trata de incorporar España al mundo exterior, para intercambiarlo por algo sólido, es un puñado de chapuzas a las que damos el nombre genérico de industrias; una industria por la cual se desprotegió la agricultura; y una agricultura que da hambre a quienes la trabajan. Una ideología del «que inventen ellos», unos privilegios que han primado la pereza, un proletariado en paro que los otros no se quieren cargar, sobre sus espaldas de crisis, una burocracia inmensa y desocupada. Sólo su gran habilidad de utilización del idioma puede permitir que todo esto se achaque a la democracia cuando la democracia es la desgraciada heredera de esta vieja

*Haig, con su oferta de siempre, de que seamos su base, su portaaviones, su avanzadilla, su fortaleza, su tropa.*

inversión de nuestra riqueza antigua, si la hubo. Y es, sobre todo, la heredera de estos señores feudales aburridos y obtusos que la tomaron en sus manos y ahora la quieren abandonar en el torno de la Inclusa para volver, si pueden, a sus viejas costumbres.

Parece, por lo tanto, que nuestra definición en el espacio exterior trata de resignarse a lo que fue antes una aliada a la que no se exige demasiada actividad, sino toda la fidelidad que convenga. Vamos hacia la OTAN sin conseguir entrar en el Mercado Común, vamos hacia la obligación de unos gastos militares de modernización y hacia el riesgo de vernos envueltos en una guerra, y así nos lo promete el Gobierno. Vamos a la reanudación de los pactos de defensa con los Estados Unidos; y esta vez si nos promete el Gobierno que será sobre bases diferentes, que corresponden a la ideología de la democracia. Esperemos información. Pero lo que parece aceptable es que todo esto se nos haga como una «occidentalización». Parece muy evidente que si se plantea a grandes rasgos ese espacio exterior como una división en dos bloques —que es a lo que conduce la política Reagan, después de un intermedio en el que pareció que todo sería otra cosa—, España está en el occidental. Es una cuestión de mayorías, incluso de inmensas mayorías. Y es precisamente una vocación. Pero no es tan admisible que la occidentalización de España se reduzca a una cuestión meramente militar, sino de civilización. El pago militar y de riesgo que hay que hacer para la occidentalización de España no termina así, no es un fin en sí mismo; y sucede que, al mismo tiempo que progresamos en ese sentido de la defensa, nos alejamos en el de la economía, la cultura las costumbres, las libertades.

Ese tipo de occidentalización ya la realizó Franco. Tenía entonces, por lo menos, una ventaja: que había una oposición firme, aunque impotente —encarcelada, o al menos acallada— a que la vocación occidental de España se redujera a un problema de espaldas; y en esa oposición figuraban ya —a, final— no sólo los partidos de la izquierda, sino muchas, por no decir todas, las personalidades que hoy han venido a gobernar, y que son precisamente las que desoccidentalizan ahora España en las materias civiles: las que se engolfan en la cuestión-tapadera del divorcio, en las de la enseñanza universitaria; las que pro-

## ESPAÑA

mulgan leyes y disposiciones que recortan la libertad de Prensa, las que van estimulando formas de cultura más interiorizadas que exteriorizadas. Y que suelen encontrar una gran anuencia en los partidos que deberían desenmascarar, o, por lo menos, mantener una posición más definida. Pero que no dejan de sentir, por otras vías, la misma frustración que las clases dominantes. El premio que han recibido por dejar que los otros prevaleciera ha resultado, finalmente, demasiado escaso. Demasiado pobre. Sin embargo, si algunas posibilidades nos quedan todavía de no despeñarnos definitivamente en el abismo del tercer mundo al que cada vez estamos más próximos —y ya han rodado por él algunos terrones— están sobre todo en no regresar a posiciones anteriores, y a llegar a producir el modo de vida occidental al que queremos pertenecer, y este modo de vida no es, definitivamente, el franquista. La ocupación del punto que necesitamos en el gran espacio exterior no se puede realizar por medio de ilusiones ni por medio de torsiones verbales; y en ningún caso por la ignorancia de la realidad histórica y actual de España. La medida del daño que ha causado a la navegabilidad de este país por los otros mares la violencia del 23 de febrero, y la que sigue causando su explotación, debería ser objeto de examen y análisis en profundidad. Se está invirtiendo. Se oye decir, y a personas próximas al Gobierno que estuvo amenazado por el Movimiento —se puede escribir con mayúsculas, puesto que es la reanudación de esa institución— que ese daño lo ha producido «el vídeo del golpe de Estado», profusamente reproducido en su momento por las televisiones de todo el mundo. La torsión semántica pertenece al mejor estilo: lo que hace daño es la imagen, su reproducción, su contemplación, no el hecho en sí. Es precisamente, ese hecho, sus continuaciones escasamente subterráneas, la posibilidad de que se vuelva a producir, lo que está falseando la vida española fuera y dentro. Podría decirse que incluso desde antes de que se produjera el golpe del 23 de febrero fue la confirmación de que se podía producir lo que estaba en el centro de todas las especulaciones políticas nacionales e internacionales. Es un hecho curioso y sintomático al mismo tiempo que todas las reflexiones internas acerca del suceso no vayan por el camino de valorar que no ha sido posible, sino que ha sido posible y que sigue siéndolo. ■ E.H.T.

*En el aire, un Harrier de despegue vertical, sobre la cubierta del Dédalo.*

